Suite de La Alcazaba

Juan Carlos Pereletegui

CC by-nc-sa Juan Carlos Pereletegui
loslibrosdebalmenhorn@gmail.com
DOCUMENTO FIRMADO
ELECTRÓNICAMENTE

La suite barroca es una forma musical que consta de cinco movimientos, inspirados en melodías bailables de diferentes países. Comienza con el «Preludio», que presenta y unifica la obra, al que sigue la «Allemande», con sus dos tiempos contradictorios. Tras la alocada «Courante» francesa llega la solemne «Zarabanda» española. Cierra la composición la «Giga» inglesa, un canto a la vida.

Preludio

Llegar a La Casona no es tarea sencilla. Maciza y rotunda como las montañas que la rodean. Planta baja y dos alturas alzadas sobre muros espesos del mismo granito que los gigantes a los que trata de emular. La puerta de entrada en lo más alto atestigua que está preparada para soportar cualquier nevada, por insolente y pertinaz que sea. La Casona se alza sobre una enorme laja de granito, al borde de una lágrima de verdeagua recostada sobre el fondo del valle, alimentada por glaciares azules. La Casona era la última oportunidad que me daba a mí misma. Si no funcionaba, el levantamiento de mi cadáver causaría un severo retraso en la circulación de algún tren expreso.

Siguiendo las instrucciones de Ian, el inglés que parece ser el propietario o administrador, localicé el ladrillo que escondía la llave, tan enorme como la propia casa, la llave de un castillo… o de una mazmorra. La planta baja es almacén y taller y la primera un enorme salón diáfano, junto a la cocina. Arriba están los dormitorios. En la sala hay algunas fotos enmarcadas sobre una cómoda oscurecida por el paso del tiempo. Un joven con barbas de yeti en una, en otra una pareja de treinta y tantos; ella, embarazada, sostiene un bebé de rasgos indostánicos. La volqué boca abajo sobre el frío mármol de la cómoda, todavía no estaba preparada. Libros de montañismo en las estanterías y, en los cajones, papeles escritos con letra apretada (leí al vuelo frases sobre el McKinley o el Nun Kun), más fotografías, restos de una vida… o de un naufragio. Ian me advirtió que la casa me daría el espacio y el tiempo que necesitaba, la paz y la calma sanadoras, si no me dejaba atrapar por sus fantasmas. Supongo que se refería a esto.

No tardé en hacer mía La Casona. Una vez a la semana bajaba a Benasque a por provisiones. El resto del tiempo lo dedicaba a caminar por las montañas, a pisar el granito áspero y cortante. Hundir las manos en el hielo de los glaciares. Hacer pequeñas tareas de mantenimiento. En

general se encontraba en buen estado. Quienes la reformaron lo hicieron con cariño, con intención de que durara. Según transcurría el verano yo notaba que la medicina hacía efecto. El dolor que me había arrastrado hasta allí arriba menguaba, eso era innegable, sin embargo, y a pesar de ello, no sentía yo ningún afán por regresar.

Allemande

Era un día algo bronco, ya bien entrado el otoño. Las nubes bajas, de panza de burro, ocultaban las cumbres. El aire olía a nieve. Yo estaba fuera, cambiaba un cristal roto en una de las ventanas de la planta baja. Me gusta arreglar cosas, se me da bien. Lástima que no sea igual de buena arreglándome a mí misma. Oír a mi espalda lo que parecía el crujido de una pisada no me hizo volverme. Nadie había pasado por allí en todo el verano y nadie iba a aparecer en un día gris y desapacible de otoño. Otro crujido, muy cercano. Unos dedos sobre mi hombro. Di un grito y dejé caer las herramientas. El cristal, a medio colocar, se salió de su asiento y se hizo añicos contra el granito. Me giré con brusquedad y lo vi. Rubio, espigado, con unos ojos dulces que parecían ver algo que no estaba allí. Barba larga y desarreglada, andrajoso, mal equipado para andar por la montaña. Sobre la camisa harapienta, las correas sucias de una mochila de lona. Se abrazaba el cuerpo con unos brazos largos y escuálidos. Parecía tan asustado como yo… o más. Me agaché en una fracción de segundo, aferré el martillo que había dejado caer y lo enarbolé como si fuera un arma de guerra. Él empezó a temblar y a lloriquear. Daba saltitos apoyándose alternativamente en una pierna y en otra. Calzaba unas botas de montaña muy muy viejas, desbocadas, por la abertura asomaban unos dedos ennegrecidos, apenas cubiertos por restos de lo que quizás fueron calcetines. Antes de que yo volviera en mí lo suficiente como para preguntarle quién era, se dio la vuelta y huyó valle arriba. Lo vi desaparecer, engullido por las nubes bajas.

Estaba segura de no haber sufrido ninguna alucinación, así que aquella noche puse en el poyo de la fachada principal una jarra de leche, queso y pan. Por la mañana no había nada. A la otra noche dejé la comida en el vestíbulo, junto a una vela encendida. Me oculté tras la puerta abierta. Le oí llegar y sentí que desconfiaba como un cervatillo. Estuvo mucho tiempo plantado en el vano, mirando el pan y el queso. Al fin se decidió a entrar. Mientras cogía su botín, abandoné mi escondite y lo encaré:

—¿Pero tú de dónde sales, hijo mío? ¿Quién eres?

—Gesell —dijo—. Ella me espera en la Alcazaba —agregó con la boca llena de pan y queso—. La Alcazaba —repitió—, ¿tú sabes ir?, dime por donde se va, tengo que ir a la Alcazaba, ella me espera en la Alcazaba.

Sus palabras tenían una musicalidad peculiar que me costó reconocer: era el acento dulce del alemán de los valles centrales de Suiza.

—Sí, sí, claro que sé por donde se va a la Alcazaba —afirmé rotunda, para tranquilizarlo—, te llevaré, no te preocupes, pero ahora no podemos ir, ahora es de noche y tienes que descansar, iremos por la mañana, yo te llevaré a la Alcazaba, te lo prometo, pero por la mañana, ahora descansarás un poco.

Lo tomé de la mano y sin dejar de prometerle que lo llevaría a la Alcazaba lo conduje escaleras arriba, hasta uno de los dormitorios. Permitió que lo acostara sin protestar, le eché una manta por encima y al instante cerró los ojos. Dejé una vela encendida junto a él y salí. Me temblaban las manos, de angustia, no de miedo. ¡La Alcazaba! El pasado se me vino encima como una avalancha. Me sentí arrastrada por ella, oprimida, asfixiada. Yo me había refugiado en lo más recóndito del Pirineo para huir de Granada, de Sierra Nevada, de la Alcazaba… ¿Quién era Gesell para sacarme de mi cueva en el hielo y arrojarme de nuevo a la tormenta?

Courante

Dicen que eres dueño de tus silencios y esclavo de tus palabras. Eso es lo que pienso mientras el taxi 1500 «Rubia» da bandazos de madrugada por el congosto del Ventamillo, camino de Graus. Voy embutida en la banqueta delantera, junto a la ventana, con Gesell recostado sobre mí. Intento dormir, no pensar en la Alcazaba… algo imposible, por supuesto. Armando me culpó de la muerte de Nandillo. En el cementerio, mientras bajaban el féretro, me abofeteó, me tiró al suelo y me pateó. Luego se marchó sin esperar a que su hijo recibiera sepultura, nuestro hijo, Fernando. En Graus pillamos por los pelos el autobús para Zaragoza. El Pegaso arranca petardeando, se ahoga, gruñe, arroja una nube de humo negro que se cuela por las ventanillas desajustadas, por fin se decide a cumplir con su deber y toma velocidad a lo largo de la avenida. Faltan mil kilómetros para nuestro destino y ya siento la angustia del reencuentro. Alcazaba, ¿por qué te apropiaste de mi Nandillo?

Zaragoza nos recibe encogida en el atardecer de otoño, casi oscureciendo. El Ebro cruza silencioso, como avergonzado, con sus marrones trastocados a grises por una luz que huye. De la cochera sucia y mal ventilada donde nos deja el bus salimos a la calle y enfilamos hacia la estación de El Portillo. Echo de menos La Casona, el frío límpido del glaciar, el amanecer refulgente. ¿Qué se me ha perdido en este despropósito de gente amontonada? Gesell camina a mi lado, callado, como casi siempre. Las pocas veces que habla solo es para repetir, erre que erre, que tiene que ir a la Alcazaba, que ella lo espera allí. Indago sobre esa misteriosa *ella*, lo intento de frente y de canto sin lograr nada. *Ella* lo espera en la Alcazaba. Eso es todo. Traté de darle ropa nueva pero me ignoró. No se negó ni discutió, solo desdeñó todo lo que le ofrecí sin mirarlo siquiera. Saco billetes para El Sol de Levante. Literas en segunda clase. En el compartimento solo viaja un joven con pinta de montañero, aunque carga con petate de recluta en lugar de mochila. Entablamos la obligada conversación y cuenta una historia complicada de servicio militar a caballo entre Asturias y Zaragoza, trufado de escapadas a Picos y a Pirineos. No presto demasiada atención. Gesell se sienta recto, sin apoyar la espalda en el respaldo. Las manos reposan rígidas sobre sus rodillas. Mira al frente, a las fotografías que decoran, es un decir, el compartimento. Imágenes de una España trasnochada que harían las delicias de los viajeros románticos del siglo pasado. No les he prestado ninguna atención hasta que la mirada penetrante de Gesell me hace reparar en la que tiene justo enfrente: las nortes del Mulhacen y la Alcazaba desde *el viso*, al que tantas veces llevé a Nandillo. Eso es lo que me reprochó Armando con amargura desgarrada: que le metiera a nuestro hijo «el veneno de la montaña». No me arrepiento de eso. Me duele en el alma la muerte de Fernandillo, no su vida. La entrada de los operarios que montan las literas evita que me despeñe por el barranco del dolor.

Alicante. ¡Qué luz! La llegada Vinalopó abajo mientras amanece, con el sol raso entrando desde la costa… el Cid, el Maigmó, la sierra del Reclot y la de la Algueña y el Puntal de Crevillent… conozco bien estas montañas. A la izquierda el Cabeçó y la peña Roja, por detrás la cresta de Aitana y el siempre majestuoso puig Campana, mirando al Mediterráneo. De pequeña, en verano dejaba Granada y venía a Elda con mamá, a casa del abuelo Mariano. A él debo el vicio del montañismo. Fue una suerte que no viviera para ver el final de su bisnieto. El Granaíno viene desde Barce-

lona con muuuucho retraso, para variar, así que nos toca esperar en Alicante toda la mañana. No me apetece ver el mar. Lo he vislumbrado desde San Gabriel, cuando hemos hecho la vueltona hasta la estación de Murcia para luego entrar de culo a la estación término. Suficiente. Nos sentamos en un banco a esperar. He elegido uno un poco apartado, temo que las pintas de Gesell llamen demasiado la atención. A pesar de mis precauciones se me acerca una pareja de picoletos, naranjero al hombro, y me piden la documentación. Ignoran a Gesell y respiro aliviada.

Al mediodía llega por fin el Granaíno. Sucio y maloliente, compartimentos atiborrados, hombres que necesitan un baño se descalzan sin rubor. Debo ser la única mujer que viaja sola. Gesell no cuenta. Granada nos recibe de noche cerrada. El expreso sufrió más de la cuenta a partir de Baza. No me siento capaz de ir a mi casa, no quiero regodearme en el sufrimiento, bastante malo será mañana. Paramos en una pensión de mala nota donde sé que no harán preguntas sobre Gesell. La dueña finge mirarlo a lo largo y a lo ancho y me dice el precio por una habitación de una sola cama. Me pregunta si quiero sábanas limpias.

Salimos cortando de buena mañana, nos hacemos un café rápido y un pionono camino del paseo de la Bomba, para coger el primer tranvía de la sierra.

Nada más que me siento en el banco de listones se me encoge el corazón. ¡Cuántas veces subí a este tranvía con Nandillo! Desde que era muy pequeño hasta que ya hecho un buen mozo me dijo que no quería ir a la montaña con su madre. Armando siempre vio con malos ojos nuestras excursiones, él prefería las reuniones sociales con *lo más granado* de la ciudad. Allí es donde se podían cerrar buenos negocios y no haciendo el cabra por los despeñaderos. A Nandillo y a mí nos encantaba hacer el cabra. La cabina está medio vacía, casi todo peones de las minas que salpican el valle alto del Genil. Tan harapientos como Gesell, así que no llama la atención. Además, apenas ha amanecido y van todos medio dormidos. Las aguas claras del Genil me atrapan con su efecto hipnótico. Falta mucho para que el sol salga por encima de la sierra. Nos encontramos en ese instante fantasmagórico que ni es día ni es noche. La hora de los monstruos. Como los que se agolpan de pronto en mi cabeza. Me despierto con un sobresalto, el corazón a cien por hora, sin abandonar del todo el sueño. Escucho los timbrazos del teléfono, aquella llamada de domingo por la tarde. Un hombre lacónico, el sargento no sé cuántos, *de la*

benemérita, me dijo... habían recibido aviso de un accidente en la Alcazaba, debía acercarme al cuartelillo de Güejar-Sierra. A la mañana siguiente bajamos el cuerpo de Nandillo en una cabina como esta. En la estación de Pinos-Genil se me saltan las lágrimas. Me recuerdo sosteniendo el cuerpecito de Nandillo para que pudiera beber el frio chorro de la fuente. Casi acabamos los dos en el abrevadero. Pasamos bajo el Púlpito de Canales. Gesell lo mira todo con sus ojos dulces con una sombra de reconocimiento, como si esta fuera su casa. A pesar de ello, hay un rictus de amargura en su boca. Por un momento me siento reflejada en él. Gesell se pone rígido al paso por los túneles. En el de la cueva del Diablo lo escucho sollozar y le cojo la mano. Él la aprieta con fuerza, como Nandillo cuando era pequeñito. Después de Güejar-Sierra hay muchos más túneles y ya no me la suelta hasta que bajamos de la cabina en la última estación de la línea, la del barranco de San Juan. Nada más poner pie a tierra Gesell toma sin vacilar el inicio de la vereda de La Estrella. Tengo que apretar el paso para ponerme a su altura. El otoño es tan espectacular como recordaba. En el cordal principal ya han caído las primeras nieves y el Picón y el Cuervo lucen un blanco rosáceo por el sol tempranero tras ellos. No tardamos en llegar *al abuelo.* Al ver el centenario castaño se me saltan de nuevo las lágrimas. Sé que no va a ser un día fácil. Gesell no le dedica ni una mirada, tampoco parece impresionado por el festival de colores que nos rodea. Camina a paso vivo, se diría que un cable tirara de él desde la cumbre de *su* Alcazaba. Dejamos a la izquierda la senda que baja al Genil y sube por la cuesta de los Presidiarios. Nosotros seguimos por la *verea* y enseguida el camino dobla de golpe a la derecha. Es la curva de *el viso*. Dos pasos más y de pronto, tomándonos por sorpresa, las nortes de la Alcazaba y del Mulhacen se alzan ante nosotros.

Zarabanda

Estoy en La Casona. Alguien llama en la puerta de abajo y no me extraño de ello a pesar de que no hay aldaba y de que la puerta siempre está abierta. La escena continúa. Sé que estoy soñando pero no puedo evitarlo. Bajo hasta la primera planta, donde retumban los golpes de la aldaba inexistente. Abro la puerta que nunca se cierra y allí está Nandillo. Pletórico en sus quince años, feliz porque va a subir la Alcazaba con sus amigos. Yo estaba tranquila, Nandillo era un escalador competente a pesar de su juventud e iba en compañía de montañeros experimentados.

Ahora lo tengo ahí, plantado en el umbral de La Casona igual que la última vez que lo vi, cuando lo despedí en la puerta de nuestra casa, porque no me dejó acompañarlo a la estación del tranvía. «Mamá, noooo». Bueno, en realidad la última vez que lo vi fue en el botiquín del cuartelillo de Güejar-Sierra, bajo una sábana, con la cabeza destrozada por la caída. En el sueño desaparece La Casona, una sábana blanca se alza y antes de que pueda ver lo que hay debajo, me despierto de golpe. Las sienes me palpitan. Siento el corazón en la garganta. Sacudo la cabeza para librarme de los restos del sueño y entonces me percato: Gesell no está.

Ayer se quedó arrobado en *el viso*. Solo murmuraba una y otra vez: «Llego a tiempo, llego a tiempo...». Al cabo de bastante rato se puso de nuevo en marcha, fija la vista en la cumbre de la Alcazaba. Caminaba tan deprisa que tuve que hacer un esfuerzo para no quedarme rezagada. Así llegamos a cueva Secreta, a paso de caballo, con la lengua fuera y sin poder disfrutar ni una miaja. Ese iba a ser el final de la excursión. Llenarnos de Alcazaba, vivaquear en la minúscula majada que es cueva Secreta y volver. Salgo fuera y guiño los ojos deslumbrada. Es muy tarde, no creía haber dormido tanto. No hay rastro de Gesell. Mis gritos solo sirven para espantar a los cuervos. Entonces lo entiendo. Él no se iba a conformar con ver *su* Alcazaba en la distancia. A toda prisa me pongo las botas, engullo algo y salgo disparada por la ribera del arroyo de Valdecasillas. Estoy aterrada. La imagen de Nandillo bajo la sábana se me reproduce una y otra vez. No puede pasar lo mismo con Gesell. No puedo permitirlo. Salto la loma que me separa del arroyo de Valdeinfierno y asciendo a matacaballo por las primeras rampas de lo que más arriba se convierte en el Espolón de la norte. La cuesta no tarda en empinarse y hay que echar mano a la roca. Es sencillo, trepada sin más. Compruebo con sorpresa y satisfacción que los viejos hábitos no han desaparecido. La última vez que subí por aquí, Nandillo no había nacido. Casi veinte años. Fue en invernal y fue duro. Ahora es otoño. La poca nieve que ha caído está arriba, en la punta de la cima. Aquí abajo solo es un maravilloso montón de escombros, que diría Rebuffat. Llego al gran vasar encogida de angustia. Ni rastro de Gesell por ahora, pero sé que va por delante, lo siento en el alma. Busco en lo alto la veta blanca que marca la continuidad del espolón. La trepada se convierte en una escalada seria. Subo hasta esa incrustación de alabastro en los esquistos grises de la montaña, que es el punto de referencia de toda la ascensión y también el paso más difícil.

Expuesto y a mucha altura sobre el gran vasar. A la vista de su blancura, la sábana se alza de nuevo. Sé que fue aquí. Trato de dominarme. Estoy sola, sin cuerda ni seguros. No puedo permitirme ningún error… o acabaré como Nandillo. Al conjuro de su nombre, la sábana se alza de golpe. La cabeza destrozada de mi hijo me llena la mente. Pierdo la concentración y las botas se escapan de las precarias presas en las que se apoyaban. La mano izquierda no resiste el tirón. Por fortuna tengo la derecha en un buen agarre. La cabeza de Nandillo desaparece y vuelvo a ver el esquisto gris negruzco de la Alcazaba. Siento su roce áspero en la mejilla. Respiro hondo, recupero la posición, fuerzo el paso y tiro para arriba. La parte difícil ha terminado, ahora solo es ir buscando el mejor camino hacia la cumbre entre el caos de rocas, canutos, rampas y pequeños escalones. En la última cuesta hay algo de nieve polvo, mancillada por las huellas de Gesell. Piso donde él ha pisado y alcanzo la arista cimera. Toda la Alpujarra aparece ante mí, inundada de sol, con la caldera de Siete Lagunas en primer término. Enfilo hacia la cercana cumbre y no tardo en verlo: abrazado al hito final, la mejilla pegada a la fría roca. *Ella* era la mismísima Alcazaba y Gesell no ha faltado a su cita.

Giga

Llego junto él asfixiada por la altura. No tengo voz para gritar su nombre. Lo toco, está frío. Debía llevarme algunas horas de ventaja. Me siento a su lado, sobre la nieve. Las lágrimas no me salen. De alguna manera siento que todo está bien, que el destino de Gesell era este, abrazarse aquí con *ella,* lo que más amaba. Su deseo se ha cumplido. Como el de Nandillo. Me duele su muerte, no me duele su vida, me he dicho infinitas veces, hasta lograr creérmelo. Ahora sí que los ojos se me arrasan, siento todo mi cuerpo estremecido por los sollozos.

—¿Se encuentra bien? —pregunta una voz con un acento ligero, dulce, algo parecida a la de Gesell, aunque más profunda. Una mano se posa sobre mi hombro. Una mano pesada, que transmite serenidad y confianza—. Me llamo Lothar, vengo de Siete Lagunas, ¿usted ha subido por la norte? ¿Necesita ayuda para descender?

—Tengo que bajar a Gesell, mi compañero. —Hago un gesto hacia el hito, a mi espalda.

—¿Tiene un *gesell*, un compañero? —La voz se llena de alarma—. ¿Está herido?, ¿por donde?, ¿cómo se llama?

No entiendo las preguntas, me giro para señalar al hito al que Gesell se ha abrazado. Allí no hay nadie. Miro por primera vez a esa persona que dice llamarse Lothar. Un cuerpo robusto, bien equipado para la alta montaña, una cabeza grande, coronada por un penacho rubio.

—Gesell, se llama Gesell, y estaba ahí hace un momento.

—Sí, ya, *gesell*, su compañero, pero dígame su nombre, para llamarlo a gritos.

—Gesell es su nombre, se lo estoy diciendo, creo que es alemán.

—Sí, *gesell* es alemán, pero no puede llamarse así, eso no es un nombre. *Gesell* es compañero en alemán

Las palabras de Lothar irrumpen en mi cerebro como una avalancha. ¡Compañero!, *gesell*, eso es lo que él me dijo allá en La Casona. Él, quién quiera que sea, me ha traído hasta la Alcazaba para librarme del pasado y entregarme un futuro, un compañero. No venía por él, no era él quién tenía una cita en la Alcazaba, era yo. Miro a Lothar a los ojos y veo a Gesell en ellos, su misma dulzura.

Adiós y gracias, *gesell*.